

manos la sangre por Jesucristo, la pureza tiene también su martirio, porque aunque no pongamos el cuello bajo la espada del verdugo, con la espada de la pureza cortamos los deseos carnales; lo cual equivale y es un verdadero martirio.»

La Virgen María en el éxtasis de su cántico, prorrumpió en estas tan hermosas como encantadoras palabras: *Fecit mihi magna qui potens est*. Hizo en mí grandes cosas el Todopoderoso, y en esto ha señalado la fuerza de su brazo, *fecit potentiam in brachio suo* (1). Pues si algo hay grande, notable y elevado es ciertamente el triunfo de la castidad; una vida pura y un corazón inmaculado son la obra más grande del mundo. Pasar la juventud en una vida corta, en medio de las multiplicadas y peligrosas pruebas á que está expuesto el corazón del joven, es cosa sorprendente en demasía. Bien pueden los jóvenes que mantengan puro su corazón cantar con los niños. Ananías, Azarías y Misael aquel admirable cántico que de entre las llamas se elevaba al cielo: *Benedictus es, Domine, in firmamento coeli, et laudabilis, et gloriosus et superexaltatus in saecula*. Bendito es el Señor en el firmamento del cielo y alabado y glorioso y ensalzado en todos los siglos (1).

Al terminar su carrera el Patriarca de los Predicadores, reunió en torno suyo á sus hijos, y les dijo: «Hasta aquí por don de Dios he conservado íntegra la virginidad. ¿Queréis vosotros ser bien recibidos y autorizados en los pueblos? Pues sed castos.» Pues, he aquí hijos del Santuario: ¿Queréis ser dignos ministros del Hijo de la Virgen haciendo mucho bien en las almas? Llevad en vuestra frente la tranquila serenidad de la pureza, sed ángeles del Señor, y mereceréis ser verdaderos ángeles en el Santuario á donde acudirán los pueblos para recibir las órdenes del Señor.

(1) Luc. 1.º.—(2) Dan. 2.º

IV—CÍNGULO DE SANTO TOMÁS

La institución del Cíngulo ó de la Milicia Angélica descansa sobre la experiencia de varios siglos y su eficacia como preservativo de la impureza y custodio de la castidad es evidente. Pero, esto, ya merece varios artículos aparte.

ARTÍCULO IV (1)

ORIGEN DEL CÍNGULO DE SANTO TOMÁS

Santo Tomás de Aquino que había de ser luz del mundo y antorcha de la iglesia, vió su primera luz en el siglo XIII, naciendo de los muy nobles condes de Aquino, Landulfo y Teodora.

Á los pocos meses de su vida tuvo lugar un suceso extraordinario, que nos dá á conocer el amor y devoción especial que á la Santísima Virgen había de profesar después nuestro Santo. Un día, en que la nodriza se disponía á lavar al niño Tomás, advirtió que tenía en las manos un papelito ó cédula, y al querer quitárselo para efectuar con más desembarazo su intento, las lágrimas y resistencia del niño le obligaron á dejárselo. Entonces la nodriza, admirada de la resistencia del niño, refirió á su madre la condesa lo que sucedía; ésta, movida por la curiosidad y por lo raro del caso, se acercó al niño y disimuladamente le arrebató el papel, quedando sorprendida al ver que en él estaba escrito el *Ave María* (1).

Pero los sollozos, gritos y ademanes del niño, obligaron á su buena madre á devolverle el papelito, y apenas lo cogió con sus manecitas lo llevó á la boca y lo tragó enseguida, como la cosa más dulce y sabrosa del mundo. Este

(1) Tomamos este y siguientes articulitos del P. Luis Lillo, Ord. Praed.

(2) San Antonino, Arzobispo de Florencia, afirma que esta cédula, donde estaba impreso el *Ave María*, fué entregada de un modo admirable por la Reina de los Ángeles, á Santo Tomás.

hecho tan sorprendente, hizo ver á la condesa, su madre, y á cuantos de él tuvieron noticia, que aquel niño mambaba ya con la leche un amor singular á María, á quien efectivamente, profesó en toda su vida, ternura filial, desplegando siempre un celo ardiente en proclamar y defender sus glorias y ensalzar su poder, como lo demuestran sus escritos. Este prematuro amor y afecto de Santo Tomás á la Reina de los Angeles, fueron como preludeo de otro suceso todavía mas singular y extraordinario, y del que, no hallándose ejemplar igual en las historias de otros santos, forma un privilegio especial y privativo de Santo Tomás. De él vamos á ocuparnos, siquiera sea ligeramente, porque fué el que, dió origen á la importante devoción de su prodigioso *Cíngulo y Milicia Angélica*.

Frisaba ya el joven Tomás en los quince años cuando el Ángel del buen consejo, tocando su frente con la llama de la inspiración, le decidió á abrazar el estado religioso. Entonces determinó llevar á cabo su ya premeditada resolución de consagrarse enteramente á Dios en el Sagrado Orden de Predicadores, y tomó el santo hábito en el convento de Santo Domingo de Nápoles, con gran alegría de su alma. El orgullo aristocrático de los condes de Aquino sus padres, se creyó herido al saber, que aquel vástago de su esclarecida familia, de quien se prometían, añadiría con el tiempo nuevos blasones á su alcurnia, fuera á ocultar su brillante ingenio en las sombras y retiro del claustro.

Nada se omitió, ni se dejó piedra por mover, para hacerle volver al seno de la familia; pero todo fué en vano. La resolución de Tomás era inquebrantable. Su madre, la condesa Teodora y sus dos hermanas, lloraban inconsolables su ausencia, y no perdiendo todavía la esperanza de recobrar por cualquier medio medio el objeto de sus lágrimas, encomendaron á los hermanos de Tomás, Landulfo y Reinaldo, oficiales muy acreditados, por su valor y pericia militar, en el ejército de Federico II, el encargo de que, á todo trance, restituyesen á la casa paterna á su her-

mano. Éstos, espiondo la ocasión de hallarle fuera del claustro, supieron que la Orden le enviaba á continuar sus estudios en la Universidad de París, y sorprendiéndole en el camino, ensayaron cuantos medios de persuasión y de violencia pudo sugerirles su orgullo y despotismo militar para despojarle del hábito y hacerle volver al seno de la familia; pero viendo que todo era inútil, apelaron á la fuerza y le hicieron conducir acompañado de una escolta al castillo de *Rocaseca*, perteneciente á los estados de su casa. Cerca de dos años sufrió Tomás con perseverante resignación, las incomodidades y molestias de aquella cárcel doméstica, durante los cuales, la condesa Teodora apuró cuantos recursos le pudo sugerir su talento y sagacidad, combinados con la ternura y el amor de madre, para que renunciase al estado religioso.

Mas todo fué en vano, porque la resolución de Tomás era irrevocable, y el dedo de Dios, que le señalara antes de la cuna como uno de los predestinados hijos de la gracia le sostenía para que un día brillase, cual lumbrera esplendorosa en el cielo de su Iglesia.

Entre tanto Landulfo y Reinaldo, volvieron del ejército y quedaron sorprendidos al ver la admirable constancia de su hermano. No desistieron, sin embargo de su empeño, y más peritos en el arte de rendir plazas, que en el de triunfar de corazones tan nobles como el de el ilustre prisionero de Jesucristo, determinaron someterle á pruebas todavía más duras y rigurosas, persuadiéndose vanamente de que, por este medio, se les rendiría á discreción. Pero, viendo que su hermano Tomás permanecía inflexible á todo, como una pirámide inmóvil en medio de los huracanes del desierto, llegaron á sospechar que aquel temple de alma tan exquisita, estaba sostenido por su angelical pureza, y resolvieron atacarle por este lado. ¡Terrible prueba (dice Pastor). David con toda su virtud y Salomón con toda su sabiduría se rindieron en semejante lucha; ¿qué hará Tomás en la primavera de la vida, que es la estación de

los placeres, con un corazón virgen, inexperto, que no ha medido nunca las fuerzas de la pasión, ni tanteado toda la extensión de su imperio?

Ganaron, al efecto, por el interés á una joven cortesana, en quien competían la belleza y sagacidad con el talento funesto de la seducción y el arte de agradar, y á ésta encomendaron la infernal empresa de rendir la inmaculada castidad del candoroso joven prisionero. A la hora convenida las puertas del castillo se abrieron silenciosamente para dar entrada á aquella lasciva mujer, aprestada para la lucha, volviendo á cerrarse con la misma cautela. Sorprendido quedó el joven novicio al verla; ella fué la que tomó primero la palabra; jamás el falso ángel de la luz estuvo más elocuente y seductor que entonces, por boca de aquella Circe venenosa. Aprovechándose de su asombro, trató de acercarsele aquella desgraciada criatura, desplegando con infernal astucia todas las galas de sus hechizos poniendo en juego sus más poderosos atractivos, imponiéndose con todo el mágico imperio de su fascinadora hermosura. ¡Terrible instante! ¡Momento decisivo en el porvenir glorioso de Tomás! De un lado el irresistible halago del placer con el misterio de la soledad y los encantos del secreto, tras del placer la impunidad, más que la impunidad el aplauso; del otro las lágrimas y los dolores de la virtud! Los Ángeles desde el cielo, y los demonios desde el infierno debieron tener su vista fija en el encierro de Tomás. Quizás los Ángeles elevaron sus ojos al rostro de Dios, para leer en su mente el éxito del combate. Si los hombres fueran capaces de conocer lo porvenir, las miradas de todos los hombres se hubieran clavado en la torre de Rocaseca, donde se decidía en aquel instante la suerte de la ciencia y de la virtud. ¿Qué hará Tomás? ¿Huirá como José? No puede; los muros de la cárcel que se franquearon á los asaltos del vicio, se alzan mudos y sombríos, cerrando el paso á la atribulada virtud. ¿Rasgará el aire con sus clamores como Susana? Y ¿quién le

responderá? Los ecos solitarios de las bóvedas que los azotarán de piedra en piedra, cada vez más lejanos.

No; Tomás no necesita huir; no necesita gritar: esto es de mujeres, huir es de cobardes; y Tomás elevando su espíritu y sus ojos á los cielos, invoca á Dios y á la Virgen María; ora con fervor y después de orar, «la sangre del príncipe y del guerrero se despierta bajo el hábito del monje y combatiendo al enemigo con el hierro y el fuego,» (1) arma su brazo con un tizón encendido cogido del hogar y arremete con él contra aquella desventurada joven, obligándola á emprender precipitada fuga cubierta de oprobio y de vergüenza. Enseguida trazó con el mismo tizón una cruz en la pared y arrodillándose ante aquel sublime símbolo de la redención oró fervorosamente, dando gracias á Dios y á su Santísima Madre por haberle librado de aquella infernal tentación contra la castidad, consagrándole de nuevo su angelical pureza, sumido en llanto y lleno de confusión y de dolor.

Cuando he aquí que un sueño misterioso, semejante dicen los historiadores, al de nuestro primer Padre en el Paraíso, se apoderó de Tomás mientras oraba, y durante aquel dulce y apacible éxtasis, como si entreabrieran los ennegrecidos muros de la torre, vió esparcirse una suave claridad por el oscuro recinto de su cárcel. El cielo se abrió y vió descender de él escuadrones de Ángeles, y que adelantándose dos de aquellos mensajeros celestiales, todavía resplandecientes de la mirada de Dios, se aparecieron á Tomás, y con un *cíngulo* blanco que traían en las manos, le ciñeron apretadamente los riñones, dejando Tomás escapar un grito de dolor. Al mismo tiempo, le felicitaron los Ángeles por el singular triunfo que acababa de conseguir, asegurándole de que aquel prodigioso *Cíngulo* sería un firmísimo escudo de su pureza virginal, y un eficaz preservativo para que no sintiese jamás el menor estímulo de la carne, logrando así Tomás lo que ni el

(1) *Pereive.*

mismo San Pablo pudo lograr; arrebatado al tercer cielo se veía, y las punzadas de la carne le despertaban en la tierra.

Y así fué: desde aquel mismo instante la castidad de Tomás se elevó á aquel altísimo grado de virtud que los teólogos llaman *heróico*, porque llega á ser superior á todo amago y dificultad, cuyo estado, más bien que de nuestra viciada naturaleza, parece propio del estado de la inocencia ó de la nobilísima especie de los Ángeles. ¡Qué beneficio tan singular! ¡qué gracia tan grande! Sin duda quería Dios que fuese sin igual por la castidad, el que había de ser sin igual por la sabiduría como preparación necesaria y como evidente prueba de la íntima y estrecha unión entre la ciencia y la pureza.

Por lo mismo ha dicho con justa razón el Santísimo Pontífice, León XIII. que á Santo Tomás, no tanto se le apellida Doctor angélico por la superioridad, de su entendimiento, cuanto por la pureza angélica que brilló siempre en todas las acciones de su vida.

No se llevaron á cabo estos sucesos que acabamos de referir, que no llegase á oídos de los celosos hermanos de la Orden de Predicadores la noticia de los malos tratamientos de que era víctima Tomás, y aprovechando el armisticio que á la sazón se concluía entre Inocencio IV y el emperador Federico, acudieron á la vez ante ambas potestades, exponiendo sentidamente sus quejas contra el atropello de un religioso, que en los estados de la Iglesia y por los soldadados del emperador se había consumado.

Conmovióse el Pontífice á tales nuevas, irritóse el Emperador contra los que tan importunamente venían con sus violencias á entorpecer sus negociaciones, y ambos expidieron sus órdenes para que Tomás de Aquino recobrase su libertad y se pusiese fin á su largo y penoso sufrimiento.

Pero los condes de Aquino, más que temerosos del Emperador y del Pontífice, desesperanzados ya ante la invencible resistencia de una vocación manifiesta, se limitaron

á no poner obstáculos á la fuga de su hijo, que descolgado por sus hermanas por entre las almenas del castillo, como furtivamente y á deshora, á semejanza del Apóstol cuando salió de Damasco, fué recibido al pie de los baluartes por sus hermanos de hábito, que regresaron contentos con su rescatado cautivo al convento de Nápoles, entrando en él Tomás, dice Pastor, «como la paloma en el arca, llevando la oliva de la pureza en señal de la victoria.»

Allí recibió el premio de su virtud, profesando solemnemente el año 1244 en manos del célebre Fr. Tomás Agni de Leontino, contestando así á la voz que sin duda había resonado en el secreto de su corazón, y que le decía, como al antiguo pastor de la Caldea: «Sal de tu patria y de tu parentela..... y haré grande tu nombre en todas las naciones.»

Este admirable cordón ó *Cíngulo* que Santo Tomás trajo ceñido toda su vida, fué entregado por él mismo al P. Reginaldo, su confesor y amigo particular, estando ya cercana la hora de su muerte, porque únicamente él era sabedor del regalo del cielo. Este venturoso Padre le recogió con el respeto y veneración que merecía tan insigne reliquia, y fué colocado en un precioso relicario de oro. Por la muerte del Santo, heredó, por decirlo así, este *Cíngulo* el Maestro General de la Orden de Predicadores, el cual lo depositó como sagrada reliquia en el convento de Vercelis, su patria en el Piamonte.

Fueron tantos y tales los prodigios que se verificaron por medio de esta reliquia, en las numerosas peregrinaciones que de todas partes acudían á venerarla, que San Pío V resolvió traslarle á Roma; pues una reliquia tan insigne por todos conceptos, y de tal nombradía, debía venerarse en la capital del Orbe católico. Á este fin escribió á Verceil, ordenando que se le remitiese el milagroso *Cíngulo*, y ofreciendo en remplazo suyo gran copia de reliquias y crecido número de alhajas de gran precio. Dilataron los Padres Dominicos por algún tiempo el cumpli-

miento y la respuesta de esta orden, hasta que, muerto el Pontíce, se creyeron ya dispensados de obedecerla. El cardenal Bonello, sobrino de San Pío V, quiso llevar á cabo el pensamiento de su tío, y reiteró al efecto las mismas diligencias. Su alta dignidad le daba gran poder para realizar su intento; pero como mediase la circunstancias de ser hijo de la Orden y protector de la misma, se dejó vencer de las repetidas instancias de los Dominicos, y dejó á éstos en quieta posesión de su tan amada y santa reliquia.

Permaneció este *Cíngulo* bendito en Verceil, hasta que la revolución suprimió el Convento en que se veneraba, siendo entonces trasladada al Convento de Dominicos de Chieri, cerca de Turín; constituyendo actualmente una de las joyas más preciosas de la Iglesia de los Padres Predicadores de dicha ciudad.

Dicho *Cíngulo*, tejido en el Cielo de maravillosa mane- y que Santo Tomás trajo ceñido á sus riñones todo el tiempo de su vida, es de lino blanco, trenzado de muy delgados hilos, y se compone de dos partes distintas. La primera, que rodea el cuerpo, y termina en dos lazadas, por las que se introduce el resto del *Cíngulo* para apretarlo á la cintura, es plana, y un poco más ancha que una paja. La segunda, unida á la primera, se divide en dos ramales finos y cuadrados, unidos por quince nudos de igual tamaño hechos, y á igual distancia unos de otros. El largo del *Cíngulo* es de siete palmos, (1), su color es blanco aunque obscurecido por el tiempo y por el roce con otros cordones y objetos piadosos. Está tejido con un hilo tan fino y tan apretado, que la vista más ejercitada no puede descubrir la trama, ni se comprende cómo han sido formados los nudos.

Con lo dicho nos podemos formar una idea cabal del hecho admirable de la vida del Santo, que dió ocasión á este bendito *Cíngulo*, con el cual Dios quiso premiar su fidelidad á la gracia. Veamos ahora las virtudes que á

(1) Un metro y cincuenta y seis centímetros.

los cíngulos semejantes ó iguales al del Santo, por la bendición de la Iglesia, comunica Dios Nuestro Señor, por su contacto á los que, á semejanza de Santo Tomás, se le ciñen á sus cuerpos.

ARTÍCULO V.

VIRTUDES SINGULARES DEL CÍNGULO DE SANTO TOMÁS

Este prodigioso *Cíngulo* que había sido formado en el cielo al compás de los cánticos y armonías de los ángeles, y que el angélico Santo Tomás, había traído ceñido por espacio de más de treinta años, no sólo representaba un dón celestial enviado á nuestro Santo, sino que venía á ser también en la tierra el tipo de otros muchos que por él se habían de hacer, para remedio de los que peleamos las batallas de la vida. La amorosa Providencia de Dios, dice Santa Teresa, quiere muchas veces que los grandes favores que dispensa á algunas almas privilegiadas redunden, no en beneficio exclusivo de las mismas, sino que sirvan después de manantial fecundo de sus gracias y perfume de sus bendiciones, para muchas. Y así como la sola sombra de San Pedro curaba los enfermos, y los pañuelos y fajas de S. Pablo libraban en Efeso de toda enfermedad, con sólo aplicarlos á los dolientes, como se refiere en los Hechos Apostólicos (1), de la misma manera la virtud del *Cíngulo* de Santo Tomás no se limitaba á la sola persona del Santo. El anchuroso templo, donde se exponía á la veneración pública el milagroso *Cíngulo*, se veía diariamente atestado de gentes, que, desde muy largas distancias, acudían á buscar el remedio de sus males, por la intercesión poderosa de Santo Tomás, y ofrecía á todas horas, una imagen de la célebre piscina de Jerusalén.

No era posible que con aquel *cíngulo* material, se satisficiera á todas las exigencias de la piedad cristiana.

(1) Act. Apost. cap. XIX v. 12, 15.